

Música Descriptiva

SE acuerdan ustedes del explicador de las películas en los primeros tiempos del cine? ¡Qué tipo aquél tan simpático, tan ocurrente, tan útil para conocer el desarrollo del argumento cuando aún no se estilaban los letreros en las cintas cinematográficas! Solían ser gente ingeniosa y de mucho desparpajo, sobre todo en los cines populares de entrada a quince céntimos. Para todo tenían salida. Si la película se cortaba y aparecía en la pantalla un óvalo de luz blanca, el explicador de turno salvaba la deficiencia con cualquier rasgo ingenioso, y la gente se desternillaba de risa.

Pocos años hace, en una función de circo actuaba un individuo que, en cierto modo, era un continuador de los antiguos explicadores, a juzgar por la siguiente anécdota que he oído referir.

Trabajaba en el escenario una de esas *troupes de* hombres y mujeres de buenas formas que, encaramados sobre un pedestal y embadurnados de purpurina, representan las más célebres estatuas y los más clásicos grupos escultóricos. El explicador, mientras el circo estaba a oscuras, dejaba oír su voz estentórea anunciando al público la significación de la escena que iba a presentar al proyectarse en vivo rayo de luz sobre el cuerpo de los artistas: "Diana, cazadora", "Apolo", "Lucha greco-romana", "El robo de las sabinas", "El discóbolo", etcétera. Una de las veces apareció sola en el pedestal una hermosa mujer vestida con el magnífico ropaje de su epidermis y cuya actitud parecía esforzarse en representar toda la melancolía que le consentían sus poderosas formas.

— "Crepúsculo" — anunció la voz del explicador.

Y un espectador entusiasta halló en seguida el parecido de aquella hermosa artista con los resplandores agonizantes de una puesta de sol, y exclamó lleno de fe:

— ¡Está idéntico!

El cine es un espectáculo en que se ve y no se oye y, en cambio, la radiotelefonía es un placer en que se oye y no se ve, por lo cual se ha hecho también imprescindible la voz de un técnico que explique a los tele-oyentes la explicación de la música que van a escuchar, supliendo así la falta del programa que suele repartirse en los conciertos de las sociedades filarmónicas, con instrucciones de Baedeker respecto al modo de interpretar lo que va a oírse. De no recibir esa explicación verbal y dado que no se ve la cara de los músicos, que siempre son un buen indicio para orientarse, los tele-oyentes estarían perdidos. De ahí que el musicógrafo sea indispensable para actuar de guía a través de las maniguas pentagramáticas.

Y es que son algo caprichosos y absurdos los títulos de las obras musicales. Hay un fox inglés, cuyo título, traducido al español, dice así: "Ese es el tipo de hombre que a usetd le gusta." Puesto a hacer música descriptiva, ningún trabajo le hubiera costado al autor perfeccionar su pensamiento con algunos rasgos biográficos añadiendo, por ejemplo, en el título de su bailable: "Porque, además de ser guapo, tiene mucho dinero y es hijo único."

Ahora bien, como no siempre la música por sí sola le deja a uno convencido de lo que el compositor ha querido demostrar, se hace necesario una previa explicación verbal y gracias a ella podemos los galenistas darnos cuenta de la intención que tienen las fusas y las corcheas.

Supongan ustedes que la orquesta de una estación emisora va a tocar esa melodiosa pieza titulada *Ensueños de amor después de un baile*. Pues bien: si no hay previa explicación puede un teleoyente poco observador confundir esos ensueños con las "impresiones del que viene de empeñar un reloj" o con otras sensaciones que nada tienen que ver con el amor ni con el baile. Pero surge el amigo musicógrafo, nos explica que la música que vamos a oír significa tal cosa por tales y cuales razones, y ya marcha todo como una seda. Entonces comprende uno esos ensueños de amor después del baile, como si la señorita en cuestión los estuviera refiriendo. La pobre chica vuelve a su domicilio, ya de madrugada, en compañía de sus buenos papás, con los pies algo doloridos. La música imita la campana del tranvía y el ruido que hace la llave del sereno al abrir el portal. Llegada a su cuarto, la señorita evoca, mientras se quita los zapatos, las sensaciones experimentadas y se observa un tomate en una media. En casa de las de Gómez se han disputado su mano (por algo hay que empezar) un cadete, un funcionario público, un chico "bien", de esos que saludan a mucha gente de automóvil, y un estudiante. Cuando la estación emisora nos envía unos trémolos de violoncello, es que a la chica le tiemblan las carnes, sin saber por cuál decidirse; pero, finalmente, hay un golpe de platillos, cosa metálica que indica bien a las claras que la muchacha se ha decidido por el cadete.

— ¡Está idéntico! — que diría el explicador de marras.

Ramiro MERINO.

Madrid, 1926.

La Lombriz de Tierra

"Tortueux comme une artere,
c'est un serpent mal venu
Le Malheureux ver de terre".

Rollinat.

Lombriz de tierra: vida extenuada
en la larga pesquisa ruda
de tu torcido socavón. Nada
quiere decirnos tu palabra muda?

Eres absurda, bestezuela helada
y viscosa, vibrátil y desnuda
como un nervio de la tierra. Dada
tu forma, eres un hilo que se anuda

en los dos hilos de cualquier mirada
para inquietar el alma. Dislocada
en tu acéfal'a fuerza: eres la duda,

que socavando bajo la llanada
tal vez razones, con razón callada,
una objeción elemental a Buda.

Arturo USLAR PIETRI.

Junio - 1926.
(Para ELITE).